

EL NOSTOS DE RICHARD MEIER. UN NUEVO ULISES

Sobre Richard Meier

PUBLICADO EN

Richard Meier. Ed. Taschen. Colonia, 2008

Pensar con las manos. Ed. Nobuko. Buenos Aires, 2009

Richard Meier. Complete Works 1963-2013. Editor Philip Jodidio, Editorial Taschen,
Köln, octubre 2013

EL NOSTOS DE RICHARD MEIER. UN NUEVO ULISES

Sobre Richard Meier

Richard Meier, como un nuevo Ulises, ha atravesado el estrecho de la fama y del reconocimiento uncido al palo mayor de la nave de la Arquitectura con los lazos de la razón y de la honestidad y de la belleza.

Con los oídos y los ojos bien abiertos ha visto pasar todo y de todo.

Como al héroe troyano, las fascinantes sirenas le han tentado con su canto seductor: el dinero, la fama y el poder.

Como al hijo de Laertes, Scilla y Caribdis le han tratado de sorber con la incomprensión, el desprecio y el olvido.

Pero nada ni nadie pueden impedirle que llegue a su Ítaca para volver con Penélope.

EL DURO DESEO DE DURAR

Paul Eluard consideraba que el impulso primario de toda creación poética es “el duro deseo de durar”. Y yo añadiría que, de toda creación, también la arquitectónica. Y claramente la de Richard Meier, que es un maestro de nuestro tiempo. Quizás uno de los tres grandes arquitectos norteamericanos del siglo XX junto con Frank Lloyd Wright y Louis Kahn a los que él confiesa gran admiración. Por supuesto que Richard Meier crea su arquitectura con el deseo de durar. Como no podría ser menos en un maestro.

No me duelen prendas el proclamar esto ante una Crítica que, habiéndole aplaudido hasta la saciedad en los años 80, los años dorados de los Five Architects, guarda ahora un silencio injusto que creo debe ser roto de una vez. Meier ha recibido todos los premios habidos y por haber, desde el Pritzker hasta la Gold Medal del AIA. Todos.

Y así como Mies Van der Rohe y Le Corbusier, viniendo de la vieja Europa vencieron y convencieron en USA, ninguno construyó demasiado en el nuevo continente, Richard Meier sí que ha construido grandes y significativas piezas también en Europa: un arquitecto americano que ha triunfado en Europa. Barcelona, París, Múnich, Praga, Roma. Aunque no sea lo más importante de Meier el que haya construido varios e importantes edificios en nuestro viejo continente. Meier es un arquitecto americano que ha triunfado en Europa. Pues ni por esas. Parece que la crítica, tan variable como las veletas y más efímera que las flores, hubieran olvidado que Richard Meier es el gran arquitecto americano de la segunda mitad del siglo XX, como Wright lo fuera de la primera mitad del siglo ya pasado.

Y así, como Hernán Cortés en el poema de Keats miraba asombrado la infinitud del inmenso mar Pacífico desde lo alto del Darien, imagino a Meier mirando asombrado, hoy y ahora, desde allá arriba el actual panorama de la convulsa Arquitectura Contemporánea.

TRASCENDENCIA

Apunta Kenneth Frampton en el último libro que Electa ha editado sobre Richard Meier que en la Arquitectura de Meier “ya no queda nada de aquella visión griega, inexorablemente trágica, que invadía toda la obra de Le Corbusier y más tras el Apocalipsis de la Segunda Guerra Mundial”. Y termina su comentario apuntando que Meier “se mantiene a una distancia prudente de la agitada y desconcertante perspectiva que Gramsci ha diagnosticado, hablando del tiempo en el que lo viejo muere sin que lo nuevo haya nacido todavía, un tiempo que incuba síntomas morbosos”.

Por el contrario, y a pesar de la brillantez de la imagen descrita por Gramsci y recogida por Frampton, yo creo que la voluntad de permanecer en el tiempo, en definitiva, la voluntad de trascendencia con algo de aquella trágica visión griega, es una cualidad que Richard Meier busca denodadamente como la busca cualquier arquitecto que se precie. Lo que es un más que buen síntoma.

Voluntad de trascender que es compatible con su constante actividad investigadora en arquitectura. Es muy diferente la construcción de un pabellón o de un bar (el 66 de Manhattan) que el poner en pie una iglesia (Iglesia del Jubileo en Roma) o el Museo del Ara Pacis en pleno corazón de Roma. En la arquitectura de nuestros días (obsérvese que no digo contemporánea) a veces se ponen en pie experimentos que no son más que eso, experimentos. Y aunque muchas veces tienen la virtud de la “frescura”, carecen desde su origen del citado “deseo de durar” exigido por Paul Eluard.

Quizás, y sin quizás, los críticos valoran en estos días más el experimento que el resultado, más el proceso que la conclusión. La historia de la arquitectura está llena de ejemplos. En el XVIII las arquitecturas efímeras se hacían para celebrar acontecimientos y para asombrar a las gentes. En nuestro siglo XXI, los pabellones de exposición. Tantas exposiciones que sirven de banco de pruebas para experimentos que no llegan a ser más que notas a pie de página de la Historia de la Arquitectura. Por muy sutiles y sugerentes que sean. Y no se me diga que el Pabellón de Barcelona de Mies Van der Rohe no es un capítulo de esa Historia, que lo es. Otra cosa es que fuera imprescindible su reconstrucción. No sé qué habría pensado Mies si llega a verlo hoy puesto en pie.

Pues hoy en día hay muchas arquitecturas levantadas con mentalidad de pabellón efímero en el sentido más pleno, y así son. Aunque llenen las muchas páginas de las muchísimas revistas que, como el monstruo del cuento, necesitan devorar cada día una princesa. De los edificios que llenan esas revistas confundándose con la publicidad, quedarán muy pocos. Quedarán sólo aquellos que, teniendo voluntad de trascendencia, de permanecer, lo consigan. Por no quedar no quedarán ni las revistas de papel couché que, a estas alturas del tercer milenio, están llamadas a desaparecer. La avasalladora fuerza de la pantalla del ordenador es imparable.

COMUNICACIÓN

Y es que esto que he llamado trascendencia, término que a primera vista parece un poco grandilocuente, no es más que voluntad de comunicación con los demás. Como lo es cualquier labor creadora.

El poeta español Federico García Lorca, aquel que paseara sus poemas por Columbia University en la ciudad de Nueva York a la que dedicara un poemario, resumía muy bien todo esto con un sintético “escribo para que me quieran“. Y así podríamos decir que Richard Meier levanta su Arquitectura “para que le quieran”.

Es la lógica voluntad de comunicarse, de trascender en el espacio y en el tiempo lo que enciende la labor de todo creador, Richard Meier incluido. Trascendentes querían ser Wright y Kahn, Le Corbusier y Mies. Y Meier. Y Shakespeare y Cervantes.

En mi última estancia larga en New York como visiting scholar en Columbia University, fui muy feliz. Vivía en Columbus Avenue con la 72th. Un lugar maravilloso en el centro de Manhattan. El primer día salí a dar un paseo y entré en el muy cercano Museo de la Historia, al borde de Central Park. Aunque no es especialmente interesante, a la salida me fijé en una carta manuscrita dentro de una urna. Era del Presidente Jefferson riñendo a su hija María por no estar leyendo D. Quixote (sic). Pues para que eso fuera posible, fue necesario que Cervantes mismo encargara la traducción de D. Quijote de la Mancha al inglés. Y todavía hoy sigue in crescendo la fama de El Quijote y de Cervantes con él. Cervantes, como gran creador, tenía claro desde entonces, ¡1612!, que la creación es un tema de comunicación. Como dice un conocido precepto, “el bien es difusivo”.

O sea que Richard Meier no va muy descaminado cuando sigue persiguiendo esa trascendencia que ya, ¡tantas veces!, ha conseguido con sus obras. Y como Cervantes, tiene conciencia de estar levantando una arquitectura capaz de resistir al paso del tiempo, de llegar como Cervantes traducido al inglés por Shelton hasta el último rincón del universo.

ARTIFICIO ARTEFACTO

En el libro ya citado de Electa sobre Meier, se incluye un texto del mismo Richard Meier en el que habla con toda rotundidad de la arquitectura como artificio. Y Meier defiende este carácter artificial como una cualidad consustancial con la propia arquitectura. Como no podría ser menos. Claro que en un tiempo en el que aparecen como hongos arquitecturas camaleónicas que dicen no querer perturbar el paisaje, decir esto no es popular.

Defiendo con Meier que la arquitectura es siempre artificio. Los animales viven en la naturaleza y se funden con ella. Su cueva es la roca y su cabaña el nido. Todavía no he visto a ningún ser humano viviendo en un nido y los que vivían en las cuevas eran los eremitas.

La arquitectura, la de Meier y la de Le Corbusier, la de Koolhaas y la de Mies Van der Rohe, la de Palladio y la de Bernini, han sido y son puro artefacto, artefactos. En el texto de Meier que ya fuera publicado en Perspecta en 1988 él recoge ciertas acusaciones que todavía coleean y defiende con toda lógica la artificialidad de la arquitectura.

Yo siempre he hecho la distinción entre lo tectónico y lo estereotómico en la Arquitectura. Aprendido de Kenneth Frampton a través de Jesús Aparicio y siempre con Gottfried Semper al fondo. En el caso de Meier, su arquitectura, artefacto, es básicamente tectónica.

Y así como la arquitectura del podio estereotómico, la de la “cueva arquitectónica” ya sea en hormigón o en piedra, habla de la continuidad gravitatoria con la tierra, la arquitectura de Meier está más cerca de aquella construcción tectónica, de la “cabaña arquitectónica”, está más cerca del cielo.

Es una arquitectura más ligera que se apoya on tips sobre la naturaleza. Y siempre discontinua con ella, sin ningún problema. Lo que no significa que no establezca una perfecta relación con ella. La arquitectura de Meier subraya muchas veces el paisaje con sus claros y limpios planos horizontales. Y enmarca el paisaje ya sea a través de las blancas estructuras livianas o a través de huecos precisos en sus preciosos paramentos blancos. Es el eterno diálogo entre Cultura y Naturaleza. Nunca la Cultura ha sido “natural” como el buen salvaje.

HÁGASE LA LUZ

“Y la luz fue hecha”, se dice en las Sagradas Escrituras. Termina Meier el texto citado haciendo una defensa encendida de la luz y del contexto. Como no podía ser menos.

Sabe bien Meier que la LUZ debe ser atrapada por la Arquitectura como el aire por la Música. Y si el aire al atravesar el instrumento musical bien temperado da como resultado la misma Música, la luz al atravesar el instrumento arquitectónico, si éste está bien temperado, nos ofrecerá la misma Arquitectura.

Y de la misma manera que los muy diversos instrumentos musicales templan el aire de distintas maneras, así también lo hace la Arquitectura: la luz sólida o la luz difusa, la luz vertical o la luz diagonal, la luz que escarba la materia o la luz que la acaricia. Luz que al atravesar el artefacto arquitectónico le arrancará los más hermosos sonidos. Y al igual que hay instrumentos de aire y de cuerda, la Arquitectura trabaja con la luz de manera muy diversa.

Y si algunos arquitectos trabajamos más con la luz sólida, con la luz y la sombra bien temperadas, Meier opta por subrayar su carácter más radiante. Opta por una luz más global, por la claridad, por la luz que invade cada rincón del espacio, por la transparencia.

Las arquitecturas de Richard Meier trabajan sabiamente con esta luz transparente. Y su empleo del color blanco es resultado de un sabio juego que él conoce mejor que nadie.

Entiendo que su uso del blanco no es más que el deseo de que nada perturbe estas certeras operaciones luminosas.

SMITH HOUSE

No se puede escribir sobre Meier sin hablar de la casa Smith. Como no se podría escribir sobre Mies sin hablar de la Farnsworth House o de Le Corbusier sin hacerlo de la Villa Savoie. Pasados los años sigue siendo una de sus piezas de resistencia. Y así parecería que ambas casas, la Farnsworth y la Villa Savoie contuvieran en germen todo lo que Richard Meier va a desplegar a lo largo de los años. E incluso en algún pasaje con mayor brillantez.

Si la Farnsworth flota como una balsa manteniendo su plano de suelo a la altura de nuestros ojos y la Villa Savoie se levanta sobre sus pilares como si de un paquebote se tratara, la Smith se sitúa frente al paisaje como un sabio observador. Más estática aún que las dos anteriores. Si la balsa navega y el paquebote surca los mares, la casa Smith se ancla recogiendo los planos superior e inferior con que la provee la misma naturaleza.

La Farnsworth nos propone un espacio horizontal transparente y continuo que subraya el paisaje que la rodea en una operación tal que parece que nos adentráramos en él. Parece que el paisaje circundante se acerca, se viene hacia nosotros.

La Villa Savoie por el contrario, crea un espacio horizontal bien limitado, suspendido con unas ventanas en cinta (fenêtres en longueur) que más que subrayar enmarcan el paisaje con la sombra arriba y abajo. Y los grandes ventanales interiores hacen que el espacio se interiorice. Puede más el patio interior que la propia naturaleza.

La casa Smith plantea una nueva visión espacial. Tiene algo que no tienen las anteriores: frente y espalda. Un detrás y un delante. Un detrás por el que se entra, comprimidos a través de un espacio de altura simple, para aparecer en un gran espacio extraordinariamente luminoso, dramático, de triple altura, que hace que la naturaleza que se aparece ante nosotros bien enmarcada por la blanca estructura se vea aún más hermosa. Y más que subrayarnos o enmarcarnos el paisaje, acercándolo o alejándolo de nosotros, nos lo pone en valor y hace que a través de la Arquitectura nos rindamos ante la Naturaleza. Que el artificio de la arquitectura, en vez de imponerse a la naturaleza, la magnifica. Un acertado logro de Meier, el maestro.

Parece mentira que Meier con sólo 30 años de edad, fuera capaz de destilar en esta obra con tanta sabiduría gran parte de la Arquitectura contemporánea.

Los esquemas con los que Meier ha acompañado siempre la publicación de esta obra son bien elocuentes. Hablan con la mejor pedagogía de la claridad conceptual y formal de esta casa: los espacios servidores y los servidos, la compresión y dilatación de los espacios, la escala acertada de las partes, el orden claro de la estructura. Factores todos ellos que la hacen poderse confrontar con voz potente a las otras casas de los maestros.

Cuando después de pasados tantos años, vuelvo a analizar la casa Smith, vuelvo a descubrir nuevos matices. Y vuelvo a emocionarme y a aprender y a reconocer que es una obra maestra de la Arquitectura de nuestro tiempo.

Y si Francesco Dal Co apunta acertadamente que la arquitectura de Richard Meier es como la materialización del sueño americano, la Smith House lo materializa en grado máximo: la Smith House es ese sueño construido, hecho realidad.

LA DOUGLAS HOUSE COMO EL BUEN VINO

Y si la prodigiosa casa Smith la hace Meier a la temprana edad de 30 años, la Douglas House la levanta sólo 6 años más tarde. Los puntos de partida de ambas son muy parecidos. Aquí el terreno tiene mayor pendiente y el programa es un poco mayor. Y la respuesta, siendo muy similar, en esta casa alcanza un mayor dramatismo. Los elementos servidores, más cerrados, atrás. Los espacios principales, muy abiertos, adelante. Y para entrar por arriba, un puente, o mejor una pasarela como si de entrar a un barco se tratara. La blanca nave anclada en la pendiente del bosque enmarca la naturaleza de una manera sublime.

Se podría decir que la Douglas House es un aria dentro de la ópera arquitectónica de Richard Meier.

Se ha escrito y publicado tanto sobre la Douglas House que parece que ya no se pudiera decir nada más de ella, que su capacidad de fascinación ha quedado agotada. Pues no. Quizás con esta casa se llega a un punto de madurez que Francesco Dal Co interpreta como una puesta a punto del estilo de Richard Meier.

Quizás fuera bueno apuntar como aquí en la Douglas House, como lo fuera en la Smith House y como lo es en toda la obra de Meier, el esqueleto, la estructura portante, es siempre muy clara, tan clara como el espacio que ordena.

He escrito muchas veces que la importancia de la estructura no es sólo la de transmitir las cargas, la Gravedad a la tierra sino que su papel fundamental es el “establecer el orden del espacio”. Y Richard Meier siempre lo hace con una claridad cartesiana.

Pasados ya más de 33 años, la Douglas House nos convence más aun que el primer día. Y es que el tiempo, como al buen vino, le pasa a favor.

Y LA PICCOLA GIOVANITTI

Personalmente tengo alguna deuda con esta pequeña gran casa de Meier. Levantada muchos años después, en 1983, es la más pequeña y sencilla. Pero en ella se pone en pie un viejo tema espacial de Le Corbusier, y de toda la Historia de la Arquitectura: la concatenación en diagonal de dos espacios de doble altura consiguiendo un espacio diagonal que, si se tensa por la luz tomada de lo alto, produce efectos sorprendentes. Así lo hice yo luego en mi Turégano House, con menos medios y mayor radicalidad y muy buen resultado.

La pequeña Giovanitti House es para mí una traducción de un momento de calma y de silencio de Richard Meier que produce con ella una pequeña joyita. Como años más tarde haría con el 66, ese pequeño gran bar en Manhattan que es como una blanca exhalación. Como un tiro certero que da en el blanco (target). En español, el término blanco tiene la doble acepción del color y del punto de tiro.

CATEDRAL DEL NUEVO MILLENIUM

Hay algunas catedrales que parecen meras iglesias e iglesias que parecen catedrales.

La iglesia para el Jubileo de Richard Meier es tan hermosa, tan grandiosa, que tiene aires de catedral. Tanto que deberíamos hablar de la catedral de Meier para el nuevo milenio. De la Catedral del Nuevo Millenium.

Hay algo de Utzon y algo de Le Corbusier en la catedral de Meier.

La estructura, bellísima, es enormemente ingeniosa y levanta con una tecnología de nuestros días unas cáscaras cuyo fin es el dejarse acariciar por la luz del sol romano que las atraviesa.

Si cuando Utzon el maestro, levanta su edificio, hace un alarde de estructura, Meier no le va a la zaga. Ambos entienden bien, muy bien, cómo la estructura está en el centro del hecho arquitectónico.

Y si cuando Le Corbusier el maestro levanta sus iglesias, crea milagros de luz, Meier no se queda corto. Ambos entienden perfectamente cómo la luz está en el centro de la Arquitectura.

Las plantas de la iglesia son impecables. Responden adecuadamente tanto a la centralidad del altar y a la vez al diálogo con la luz que viene de lo alto. Los elementos servidores en su sitio. Las circulaciones también impecables. La construcción perfecta. La Utilitas y la Firmitas se cumplen con perfección. Y la más difícil de obtener, la Venustas, la Belleza aparece aquí convocada tras las otras dos cualidades vitrubianas. Y la iglesia, la catedral, es tan hermosa que sólo esta obra hubiera bastado para “subir a los altares” a cualquier otro arquitecto.

ARA PACIS

Más difícil todavía. No era labor fácil diagnosticar el cómo poner en valor y proteger el altar de Augusto. Cuando el alcalde de Roma decide llamar a Richard Meier sabe bien lo que hace y Meier lo ha hecho muy bien. Una arquitectura serena y callada, transparente y con una luz magnífica. Ha sabido articular muy bien los elementos de esa hermosa caja. Ha sabido muy bien atrapar la clara luz romana. Y ha levantado una pieza bellísima.

La intervención de un arquitecto americano sobre una pieza histórica de la Historia de la vieja Europa trae a mi memoria la figura del escritor americano Henry James

escribiendo la más bella historia que transcurre en Roma en *The Last of the Valerii*. ¿Hay algún escritor europeo que haya hecho una descripción más luminosa del Panteón de Roma que la que hace el americano? ¿Hay algún arquitecto europeo que hubiera hecho algo mejor que la prodigiosa caja del Ara Pacis de Meier? Trato de imaginar lo que hubiera hecho cualquiera de los famosos de hoy y todos habrían actuado mirándose el ombligo. Meier, con profunda honradez y acierto, hace una pieza que dialoga muy bien con la ciudad histórica y, a la vez pone en valor la importante pieza que la preside. Richard Meier logra materializar aquí magistralmente “la ilusión del aire dorado” de Roma de la que habla Henry James.

MATERIALITY

Tras volver a leer con más atención si cabe los textos de Meier, pocos y claros, hay uno especialmente certero y preciso: el que lee públicamente al recibir el Premio Pritzker en 1984. Se titula “Arquitectura y Blancura”. En ese “In praise of Whiteness” trata y lo consigue destilar lo más central de su pensamiento.

Además de hacer una defensa suscribible (yo la suscribo) del blanco como color, remata con un “mi meta es la presencia” queriendo volver a defender la obra construida y su capacidad de transmisión del mensaje arquitectónico. El constatar que Palladio nos llega y nos conmueve y nos convence más a través de la Basílica de Vicenza que con sus 4 bellísimos libros. El saber que para alcanzar la venustas vitrubiana es necesario antes pasar por la utilitas y por la firmitas. Sobre todo, por la firmitas.

Cuando en mi texto “El blanco certero” defendía yo la blancura, utilicé argumentos que bien podían haber sido expuestos por Meier.

Respecto a la presencia es claro que es una cualidad irrenunciable de la Arquitectura. Baudelaire exigía la materialidad de las palabras para poner en pie la Poesía. No le bastaba con las buenas ideas. Pues en Arquitectura lo mismo. Aunque la lucha por vencer la gravedad sea una constante en la Arquitectura, el intento de desmaterializar la materia, siempre nos queda la gravedad.

Mies trató de hacer desaparecer los pilares conductores de esa gravedad cubriendo de acero cromado brillante su sección cruciforme. Le Corbusier, más astuto, simplemente pintaba de blanco sus pequeños pilares cilíndricos. Del mismo blanco usado por Richard Meier.

MEIER GENEROSITY, PERSONAL APPROACH

Cuando a estas alturas de la vida se escribe sobre un arquitecto de la talla de Richard Meier son también importantes las cuestiones relativas a la persona. No es casual que, en su precioso discurso del “Elogio a la Blancura” pronunciado al recibir el Pritzker, hablara con tanta pasión de sus hijos Anna y Joseph con simpáticas anécdotas.

Yo no puedo dejar de apuntar aquí la extraordinaria generosidad con que siempre Richard Meier se ha portado conmigo.

En 1979, hace ya casi 30 años, le invitamos a dar unas conferencias en Madrid. Me ayudaba Ignacio Vicens que hoy además de ser un arquitecto espléndido, es también Catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Éramos dos jóvenes profesores de 30 años, ayudantes de Javier Carvajal. Organizamos unas conferencias a las que además de Richard Meier vinieron Peter Eisenman, Jorge Silvetti, Tadao Ando, Emilio Ambasz y Alvaro Siza. Eran los tiempos de los Five Architects.

Poco tiempo después Meier volvió a Madrid. Yo había construido muy poco y creía, lleno de vanidad, que muy bueno. No dudé en invitar a Meier a que visitara mi Casa Turégano. El maestro generoso aceptó y fue y la alabó en exceso. Mucho había en esa casa de Le Corbusier y algo de Meier. Y su visita quedó plasmada en unas fotos ante mi casa con su hijo Joseph, todavía un niño. La historia se completa con la significativa presencia de Meier el día de la inauguración de mi primera exposición en Nueva York en el Urban Center junto a San Patricio en el 2004. Con Massimo Vignelli y Steven Holl y Kenneth Frampton. Una vez más apoyándome generoso, Meier. Nunca se lo agradeceré suficientemente.

FINALE

Todavía le queda travesía a Richard Meier como a Ulises. Como a Bernini o como a Palladio. Y aunque ya haya atravesado el angosto estrecho de Silla y Caribdis, todavía le quedan, como a Ulises, algunas pruebas más hasta volver a los brazos de Penélope.

He pensado muchas veces en Richard Meier como en un Ulises de la Arquitectura. Por eso planteo en este texto este paralelismo. Es un héroe, el héroe, de este último período de la Arquitectura contemporánea. Y como Ulises, todavía no ha llegado definitivamente a su Ítaca.

Mientras tanto Penélope, la Arquitectura, sigue tejiendo y destejiendo la tela esperando que Meier vuelva a reunirse con ella definitivamente.

Y los muchos pretendientes de la tan deseada Penélope, encerrados en la gran habitación del papel couché, debaten entre ellos acaloradamente sin saber, lo saben, que sus deseos son inútiles, que morirán.

Y todavía siguen sucediéndole a Meier acontecimientos que parecen calcados de la epopeya homérica.

Meier ha bebido ya el licor del loto, y ha superado con brillantez el paso del estrecho bien atado al mástil sin tapar sus oídos para oír el canto de las sirenas sin ser atrapado por ellas. Ha atravesado ya el escollo entre Scilla y Caribdis que han tratado de sorberle con el olvido infinito. Y sigue, contra viento y marea su homérica epopeya arquitectónica.

Pero nuestro Ulises todavía no ha llegado al último capítulo. Todavía no ha tensado el arco que sólo él puede tensar, ni ha matado con él a todos aquellos presuntuosos pretendientes, y ¡mira que son presuntuosos los arquitectos del Star System que pretenden a la Arquitectura!

Pero los ritmos del tiempo de la Arquitectura y de la Historia son muy otros. ¿Qué son 50 años? Nada y menos que nada. Más de 500 años pasaron hasta que Chapman tradujera por fin a Homero en el siglo XVIII, para nuestra enseñanza y deleite. ¿Cuántos años se tardaron en levantar la Ópera de Sydney? Y se hizo contra viento y marea. Y hoy está propuesta como una de las Maravillas del Mundo Moderno. Y es que el tiempo de la Arquitectura es más lento. El tiempo de la Arquitectura de Meier es el Tiempo de la Historia.

Si he establecido desde el principio un cierto paralelismo entre Meier y Ulises es porque creo que muchas de las cosas que pasan hoy con Meier en el mundo de la arquitectura se asemejan mucho a la situación del héroe troyano.

Parece que los pretendientes que están todos ellos juntos tratan de cautivar a Penélope convenciéndola de que Ulises ha muerto. Y si Ulises en la impresionante escena casi al final de la Ilíada pudo con todos aquellos pesados pretendientes, Meier que no es menos fuerte ni astuto que Ulises, podrá con todos ellos. El tiempo y la Historia nos darán la razón. Meier el nuevo Ulises. Meier, el maestro.